

EL BASILISCO

JAVIER PÉREZ JARA

MATERIA Y RACIONALIDAD:
SOBRE LA EXISTENCIA DE LA IDEA DE DIOS

CARLOS M. MADRID CASADO

ESPAÑA FRENTE A EUROPA:
OLIVARES FRENTE A RICHELIEU

JOSÉ MANUEL RODRÍGUEZ PARDO

LAS RELACIONES ESPAÑA-EUROPA EN LA JUNTA GENERAL
DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS Y
LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE ESPAÑA

ÍÑIGO ONGAY DE FELIPE

LA «CONSTITUCIÓN EUROPEA» VISTA DESDE LA
SOCIAL DEMOCRACIA: ¿POLÍTICA O ETOLOGÍA?

JUAN FRANCISCO CASERO LAMBAS

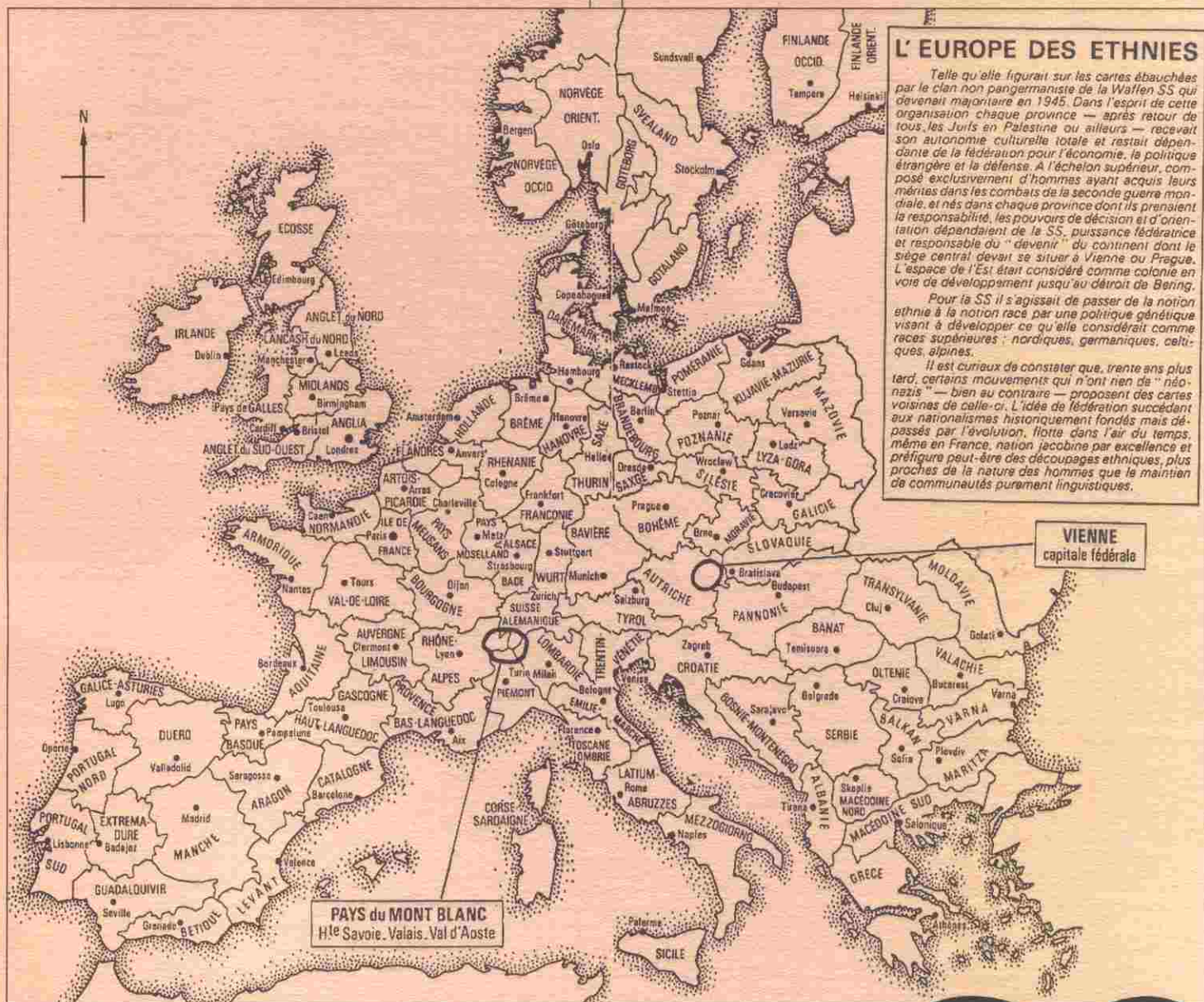
LO ESPAÑOL EN EUROPA

JOSÉ MARÍA LASO PRIETO

ESPAÑA Y EUROPA EN LA PERSPECTIVA ACTUAL

JOAQUÍN ROBLES LÓPEZ

EL CONSEJO DE EUROPA Y LA EDUCACIÓN DEL CIUDADANO



L'EUROPE DES ETHNIES

Telle qu'elle figurait sur les cartes ébauchées par le clan non pangermaniste de la Waffen SS qui organisait chaque province — après retour de tous les Juifs en Palestine ou ailleurs — recevait son autonomie culturelle totale et restait dépendante de la fédération pour l'économie, la politique étrangère et la défense. À l'échelon supérieur, composé exclusivement d'hommes ayant acquis leurs mérites dans les combats de la seconde guerre mondiale, et nés dans chaque province dont ils prenaient la responsabilité, les pouvoirs de décision et d'orientation dépendaient de la SS, puissance fédératrice et responsable du « devenir » du continent dont le siège central devait se situer à Vienne ou Prague. L'espace de l'Est était considéré comme colonie en voie de développement jusqu'au détroit de Bering.

Pour la SS il s'agissait de passer de la notion ethnique à la notion race par une politique génétique visant à développer ce qu'elle considérait comme races supérieures : nordiques, germaniques, celtiques, alpines.

Il est curieux de constater que, trente ans plus tard, certains mouvements qui n'ont rien de « néonazis » — bien au contraire — proposent des cartes voisines de celle-ci. L'idée de fédération succédant aux nationalismes historiquement fondés mais dépassés par l'évolution, flotte dans l'air du temps, même en France, nation jacobine par excellence et préfigure peut-être des découpages ethniques, plus proches de la nature des hommes que le maintien de communautés purement linguistiques.

VICENTE RAGA ROSALENY

OBSERVACIONES EN TORNO A LA TOLERANCIA
Y LOS DERECHOS DE LAS MINORÍAS CULTURALES

RUFINO SALGUERO RODRÍGUEZ

LA NOVENA DE BEETHOVEN COMO
ESPEJO DE LA BIOCENOSIS DE EUROPA

FERNANDO RODRÍGUEZ GENOVÉS

«IZQUIERDA POLÍTICA»,
RESURRECCIÓN E INSURRECCIÓN

36

ISSN 0210-0088. SEGUNDA EPOCA
10 EUROS



EL BASILISCO

Revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura
ELBASILISCO. Segunda época. Número 36. Enero-Junio 2005

Artículos

Director
Gustavo Bueno

Editor
Gustavo Bueno Sánchez
Adjunto al Editor
Pelayo García Sierra

Secretaría de Redacción
Sharon Calderón Gordo

Consejo de Redacción
Gabriel Albiac López
Mercedes Alvarez González
David Alvargonzález
Mariano Arias Páramo
Carmen Baños Pino
José María Botas Montes
José Bolívar Cimadevilla Álvarez
Oscar Clemotte Silvero
Vicente Domínguez García
Jose Manuel Fernández Cepedal
Secundino Fernández García
Alfonso Fernández Tresguerres
Tomás García López
Eduardo García Morán
Felipe Giménez Pérez
Manuel Asur González
Antonio González Carlomán
Santiago González Escudero
José I. Gracia Noriega
Alberto Hidalgo Tuñón
Nicole Holzenthal
Pablo Huerga Melcón
Carlos Iglesias Fueyo
Pedro Insúa Rodríguez
Atilana Guerrero Sánchez
José María Laso Prieto
Antonio López Calle
Ángel López Díaz
José Carlos Lorenzo Heres
Antonio Martínez Rodríguez
Rosendo Merino Franco
Enrique Moradillos García
Daniel Muñoz Crespo
Pelayo Pérez García
Francisco J. Piquero Álvarez
Juan José Plans
Eliseo Rabadán Fernández
Teófilo Rodríguez Neira
José Manuel Rodríguez Pardo
Elena Ronzón Fernández
Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina
Boris Santana Cabrera
Pedro Santana Martínez
Francisco Sobrino Beneyto
Felicísimo Valbuena de la Fuente
Manuel Varela Ferreiro
Victor Vázquez Quiroga
Jesús Vega López

Suscripciones
Amparo Martínez Naves

Diseño: Piérides C&S
Composición: Permeso S.L.
Imprime: Baraza, Oviedo

Depósito Legal: O-343-78
ISSN: 0210-0088 / CODEN: BASIET

Edición Electrónica:



<http://www.filosofia.org>
basiet@filosofia.org

Apartado 360 / 33080 Oviedo (España)

Juan Francisco Casero Lambás
Lo español en Europa / 3

José María Laso Prieto
España y Europa en la perspectiva actual / 11

Joaquín Robles López
El consejo de Europa y la educación del ciudadano / 19

Javier Pérez Jara
*Materia y racionalidad:
sobre la existencia de la idea de Dios* / 27

Carlos M. Madrid Casado
España frente a Europa: Olivares frente a Richelieu / 65

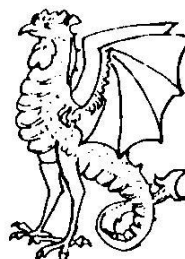
José Manuel Rodríguez Pardo
*Las relaciones España-Europa
en la Junta General del Principado de Asturias
y la Guerra de Independencia de España* / 73

Iñigo Ongay de Felipe
*La «Constitución Europea» vista desde la social democracia:
¿política o etológica?* / 79

Vicente Raga Rosaleny
*Observaciones en torno a la tolerancia
y los derechos de las minorías culturales* / 85

Rufino Salguero Rodríguez
*La Novena de Beethoven como espejo
de la biocenosis de Europa. Reseña apologética
materialista de un libro de Esteban Buch* / 89

Fernando Rodríguez Genovés
«Izquierda política», resurrección e insurrección / 99



BIOGRAFÍAS AUTORES

Juan Fco. Casero Lambás (1949) Abogado, socio director de diversos despachos de abogados y de asesoramiento económico-financiero y Agente de la propiedad Industrial. Ponente del Estatuto de Autonomía de Asturias (1979-1981). Ponente del Reglamento de la Junta General del Principado (1982) y de la Ley de organización y Funcionamiento de la Administración del Principado de Asturias (1982). Autor de numerosos trabajos jurídicos y ensayos políticos y del Informe «Bases de la autonomía asturiana» (1979).

J. M^a Laso Prieto (1926) Presidente de la Fundación Isidoro Acevedo. Miembro del Consejo Directivo de la Fundación de Investigaciones Marxistas y de los Consejos de Redacción de las revistas *Utopías-Nuestra Bandera* y *El Basilisco*. Fue presidente del Congreso de Filósofos Jóvenes de Barcelona (1977). Autor de *Introducción al pensamiento de Gramsci* (1973), con prólogo de Gustavo Bueno, de *Por qué leer a Gramsci* (1974), y coautor de *Los retos europeos* (1990), *La Perestroika y la perspectiva del socialismo* (1991), *El marxismo en el debate teórico cultural actual* (1991), *Tercer Mundo y NOEI* (1991), y *Gramsci y la izquierda europea* (1992), y sus memorias, *De Bilbao a Oviedo pasando por el penal de Burgos* (2002).

Carlos M. Madrid Casado (1980) Licenciado en Matemáticas. Doctorando en el programa «Entre Ciencia y Filosofía» de la UCM.

Iñigo Ongay de Felipe (1979) Licenciado en Filosofía por la Universidad de Deusto (Bilbao). En la actualidad se encuentra realizando su tesis doctoral.

Javier Pérez Jara (1983) Estudiante de Filosofía en la Universidad de Sevilla.

Vicente Raga Rosaleny (1977) Licenciado en Filosofía. Actualmente es becario FPU adscrito al Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Valencia.

Joaquín Robles López (1964) Licenciado en Filosofía por la Universidad de Murcia. Profesor del Instituto de Educación Secundaria «San Juan de la Cruz» de Caravaca (Murcia).

Fernando Rodríguez Genovés (1955) Profesor de filosofía en Valencia. Es autor de *Razones para la ética: ensayos de ética autónoma y de humanismo racional* (1996) y *Saber del ámbito* (2001), además de colaborar en distintas revistas.

José Manuel Rodríguez Pardo (1976) Presidente del 39 Congreso de Filósofos Jóvenes (Gijón 2002). Doctor en Filosofía por la Universidad de Oviedo (junio 2004).

Rufino Salguero Rodríguez (1965) Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia de Comillas. Profesor de filosofía en un Instituto de Enseñanza Secundaria de Madrid.

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

EL BASILISCO, revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura, considerará para su publicación todos aquellos trabajos relacionados directamente con su temática y sus secciones, que le sean remitidos con este fin.

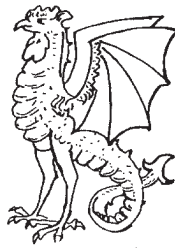
Se acusará recibo de oficio de todos los originales que sean enviados a la revista y se solicitará la adecuación de los mismos, en su caso, a los requisitos formales que se explicitan (sin que esto prejuzgue sobre su aceptación final). La revista informará a los autores, en el menor plazo posible, acerca de la aceptación o no de sus trabajos, una vez sometidos a los mecanismos de evaluación previstos, así como las previsiones de edición en función de las circunstancias de programación de los números. La revista se reserva el derecho de proponer a los autores modificaciones formales en sus trabajos cuando lo considere necesario.

Los trabajos deberán estar escritos en español y ser inéditos. En general, no se aceptarán trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o que se encuentren en curso de publicación. Como indicación se recomienda que los artículos que se presenten, sin haber sido solicitados, no tengan una extensión superior a 12 páginas (de 1.800 caracteres).

Cada original deberá incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del artículo); el nombre del autor y su dirección postal completa; un resumen informativo del contenido (que no exceda de 150 palabras); el texto principal; las notas y la bibliografía (en su caso). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán una numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto.

La revista agradecerá a los autores que utilicen procesadores de texto hagan llegar a la revista, junto con las copias impresas de su trabajo, un disco con los archivos que contengan el original (indicando el tipo de máquina y de programa de tratamiento de texto que se ha utilizado). Se sugiere, en este caso, para una eventual mejor utilización directa de estos textos, presentarlos sin justificar y sin palabras partidas.

Todos los trabajos se enviarán a la Secretaría de Redacción, El Basilisco, Apartado 360, 33080 Oviedo (España), en duplicado ejemplar, junto con una carta del autor principal en la que se ofrezca el original para su publicación en EL BASILISCO y se exprese si el trabajo es inédito o se encuentra sometido, simultáneamente, a examen para otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias pueden parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes).



«Izquierda política», resurrección e insurrección

Fernando Rodríguez Genovés
Valencia

I. Introducción



El denominado «socialismo real» sufrió un duro revés con la caída del Muro de Berlín, a la que siguió una crisis de identidad de la «izquierda política» en todo el mundo. Desde entonces, espera ansiosa el momento de la resurrección. Ayer golpeada, hoy busca su reposición a través de un discurso «pasado de revoluciones», radicalizado y de una oratoria y una *praxis* henchidas de insurrección manifestadas tanto en la calle como en las instituciones. Su futuro depende de que se deje tentar por el clamor de la ideología y una jerga emotivista o bien siga haciendo votos por la política. Tomando como pre-texto el trabajo de Gustavo Bueno «En torno al concepto de “izquierda política”» (*El Basilisco*, nº 29, 2001), este trabajo propone una mirada crítica sobre este asunto, un caso todavía abierto.

II. Y tras la caída de muros y torres, resucitó...

1. La «izquierda política», incorporada al sistema de las democracias liberal-democráticas tras la II Guerra Mundial a partir de la adopción de políticas socialdemócratas y, más recientemente, replegada en los cuarteles de invierno tras la caída del Muro de Berlín en 1989 a fin de hacer sus deberes morales y políticos, de reflexión y penitencia, ha querido ver en acontecimientos recientes —en especial, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en EEUU, la guerra de Irak, la persistencia del conflicto árabe-israelí y el frente insurgente abierto contra la globalización— la esperada oportunidad dorada con la que superar el *impasse* de su crisis de identidad, y escenificar así a escala mundial una milagrosa resurrección, asistida por un renovado diseño

y acompañado por nuevos compañeros de viaje, bajo la bandera de la insurrección.

Se podría pensar que cualquier motivo es legítimo y cualquier momento el adecuado para formalizar el fenómeno, si de lo que se trata es de volver a ofrecer alternativas de un mundo más justo y más igualitario, objetivos-estándar, clásicos, de lo que hasta ahora se ha entendido por «izquierda política» y socialismo¹. Sin embargo, aceptando que en la política los medios se imponen a los fines y que el fin no justifica los medios, deberemos poner en duda, sopesar de modo crítico y ponderado, el método y las circunstancias escogidas, los asideros y los aliados elegidos con los que armar la reconstrucción, así como la principal estrategia que la impulsa, a saber: la movilización insurreccional y generalizada en las calles y en las instituciones como instrumento central de la acción —en detrimento, todo sea dicho, de la vía escrupulosamente parlamentaria, reformista y electoral— contra los enemigos a batir, y por el que fueron, por cierto, batidos en su día: la «democracia burguesa», el capitalismo, el Sistema, y sus máximos representantes en el planeta globalizado: el liberalismo, Occidente, Israel, América...

Se trata, entonces, de una instauración con vistas a la restauración, de un forzado y abigarrado «frente único», creado a la desesperada, desde el que unir fuerzas muy diversas contra el orden liberal-democrático, causa presumida de todos los males, y que supone desempolvar la pinta o facha canónicamente «comprometida» (*engagée*), como en

(1) ¿Qué significa en rigor «socialismo»? Atendamos a esta límpida y, ciertamente, llana descripción de Elías Canetti, en la que revela la simpleza tanto del significante como la del significado objeto de definición: «La aplastante mayoría de los hombres está ocupada en la producción de bienes de toda clase. En el reparto algo anduvo mal. Tal es el contenido del socialismo a su fórmula más simple.»: *Masa y poder*, Muchnik, Barcelona 1994, pág. 199.

los viejos tiempos de la pana y el tabardo, y una praxis fuertemente radicalizada (*comme il faut*), iluminada por el integrismo y el esencialismo ideológicos, por un «socialismo utópico», puesto al día, aunque no sepamos de qué siglo, si antes o después de Cristo. He aquí, en suma, un pronuario muy poco pragmático, aunque oportunista; doctrinario y rancio, el cual, empuñando, la divisa de «los enemigos de mis enemigos son mis amigos» se deja llevar por una rectilínea disposición *a la contra*, impregnada de tendencias centrífugas que, en verdad, pueden dejarla a poco que se descuide, fuera de juego, cuando menos, del juego democrático².

III. La «izquierda política»: cuestión de conceptos y algo más

1. El texto de Gustavo Bueno, «En torno al concepto de “izquierda política”»³ nos va a servir de gran ayuda, de grata compañía, en el recorrido del presente ensayo que tiene puesta la mirada en un asunto de gran impacto en la filosofía política del presente, como es la actual orientación/desorientación de la izquierda política en el mapa internacional, en general; europeo y español, en particular. No significa esto que la noción de izquierda merezca por sí misma más atención que otros conceptos o tendencias del «arco político»⁴. Más bien se trata de priorizar el análisis y fijarlo en la fuerza política más tensada y tentada al extravío de entre las vigentes; la más proclive, en definitiva, a la imperiosa transformación, al *aggiornamento*, a la supervivencia a cualquier precio. Con este fin, nos proponemos penetrar tanto en los entresijos de su esencia cuanto en los de su existencia, su identidad y contingencia; en la entraña, en suma, de su teoría y práctica, en sus inclinaciones presentes.

2. Gustavo Bueno parte en su examen del tema de una premisa básica formulada con sencillez: la «izquierda» política, y, correlativamente, la «derecha», son conceptos claros y distintos *en sí mismos considerados* (desde una perspectiva o sistema de definición unívoca), aunque no lo sean «socialmente» considerados (o pragmáticamente considerados), debido a la singular oscuridad y confusión social que les acompaña —más que nunca— en nuestros días. Ocurre que ni los propios miembros a los que, por postulación de principios y posicionamiento práctico, les

(2) Los hechos acaecidos en España, entre los días 11 y 14 de marzo de 2004, en los que un atentado terrorista fue utilizado «políticamente» como palanca con la que armar un golpe de mano, una insurrección (in)cívico-mediática a fin de manipular y torcer la voluntad popular en unas elecciones generales, de desbancar al Gobierno en el poder por las bravas y de imponer un Gobierno socialista, constituye un fiel ejemplo del proceder insurgente, amotinado y levantisco característico de la nueva/vieja izquierda del que aquí hablamos.

(3) Gustavo Bueno, «En torno al concepto de “izquierda política”», *El Basilisco*, núm. 29, 2001, págs. 3-28.

(4) Aunque la «derecha política» tenga también *su* ideología, por regla general, y sobre todo en nuestros días, *no hace* ideología. Diríase que el «suelo ideológico y electoral» de la izquierda —sus militantes, simpatizantes y votantes— da la impresión de estar más consolidado que el de la derecha, más «dogmatizado», motivo por el que es más fiel e incondicional. Por supuesto, tras esta actitud no actúa ninguna «conciencia de clase», como fuente ni nada por el estilo.



es aplicable la clase lógica de pertenencia, se sienten cómodos con dichas etiquetas. Tocamos aquí una cuestión ciertamente singular, mas no privativa. Y es que cuando se desciende del territorio de la razón al campo del sentimiento —o se mezclan caprichosamente ambos dominios— ocurren fenómenos muy sorprendentes y altamente curiosos. Así, no es en absoluto inverosímil el encontrar personas que, sintiéndose de «izquierdas», prefieren definirse «progresistas», como tampoco lo es hallar individuos resignados a sentirse de «derecha», aunque prefieren presentarse en sociedad como de «centro». Con todo, resulta curioso advertir que mientras ambos representantes del «espectro político» se muestran reacios a emplear *hacia adentro* la categorización, llamémosla, «tradicional» —es decir, calificarse, o descalificarse, a sí mismos «de izquierda» o «de derecha»—, no le duelen prendas, en cambio, a ninguno de los dos el identificar a su adversario —o enemigo, sin más, del otro lado del «espectro»— por medio de dichos certificados, que les acreditan como probados representantes de la «derecha» o de la «izquierda», según sea el caso y siempre dicho *con ánimo de ofender*. He aquí un ejemplo más de cómo en el ámbito político el movimiento definidor *hacia fuera* aprueba lo que en el supuesto inverso desapruueba, o al menos rehuye.

Ni en el sentido intensivo ni en el extensivo es posible esperar lucidez y transparencia en el empleo del concepto «izquierda» (lo mismo ocurre con su correlativo, «derecha»), extremo éste que es posible comprobar sólo reparando

en la consternación, y aun la repugnancia, que producirían a dos individuos representantes de «la izquierda», uno de la «izquierda liberal» y otro de la «izquierda *abertzale*», el saber que ambos son reconocidos como especies del mismo género por encuadrarse en el mismo vector ideológico y categorial. Pero si este ejemplo no es suficientemente clarificador⁵, considérese este otro: ¿quién podría establecer con un mínimo de solvencia intelectual y decencia moral que la organización terrorista ETA es una organización de «izquierda» y, al mismo tiempo, determinar que la *reválida* (o Prueba General del Bachillerato prevista por el anterior Gobierno del Partido Popular en la Ley de Calidad de la Enseñanza) no pasa de ser una iniciativa política de «derecha», o incluso «franquista», según ha sido adjetivada por significativos representantes políticos de partidos y «sensibilidades» de «izquierdas»?

En suma: junto al formato lógico unívoco, con el que es usual ver constreñido el concepto de izquierda, también es posible comprobar el comportamiento del formato posicional y funcional del mismo, todo lo cual parece indicar, partiendo de la conducta de la propia izquierda, o lo que sea, que ésta tiende a inclinarse más por el primero que por el segundo:

La izquierda, sin embargo, en la medida en que tienda a mantener el formato unívoco de su definición, yuxtaponiéndola al formato posicional, práctico, tendrá que apelar a su comunidad de estirpe, a la genealogía de la «línea en zigzag». Cabría aplicar entonces a la izquierda la fórmula con la que Plotino explicaba la unidad de los heraclidas: «las izquierdas mantienen su unidad, no porque sean semejantes, sino porque proceden de un mismo tronco».⁶

No es difícil concluir que semejante resolución del caso ha sido producto de la propia genealogía del concepto a lo largo de su despliegue generacional y de los valores de izquierda puestos de manifiesto en el curso de la historia, bien dialécticamente, bien en clave de paradoja. Marx vaticinó un paulatino deterioro y pauperización del proletariado a medida que avanzaran las fases de desarrollo del capitalismo. Y Lenin sólo concibió la emancipación de los trabajadores y campesinos por medio de la acción directa y violenta de la revolución y la instauración de una dictadura del proletariado que hicieran retroceder al capitalismo, lo mismo que a la clase social que lo sustenta y ampara, la burguesía, exterminándola en su conjunto, si fuera necesario. Sin embargo, hoy en día —en realidad, desde hace más de un siglo—, las condiciones de vida de los asalariados en las sociedades «civil-burguesas» desarrolladas no se asemejan, ni por asomo, a las previsiones catastróficas emitidas por los padres del comunismo, sino, más bien, todo lo contrario.

Por de pronto, los asalariados no tomarían con agrado, ni como un halago, el empeño ideológico de mantenerles dentro de la ordenación categorial de «clase obrera» o

(5) Lo era, creo, cuando fue escrito el presente ensayo, a finales de 2001. En el momento de revisarlo con vistas a la publicación (marzo de 2004), el aserto merecería una reconsideración a la vista de nuevos datos, que no sólo no refutan nuestro análisis sino que lo confirman, al percibirse en la «izquierda política española» de hoy un incremento de radicalización: ante las elecciones autonómicas vascas de abril de 2004, el PSE lanza guiños cómplices y corteja sin reservas a la «izquierda *abertzale*», Batasuna y sus derivaciones.

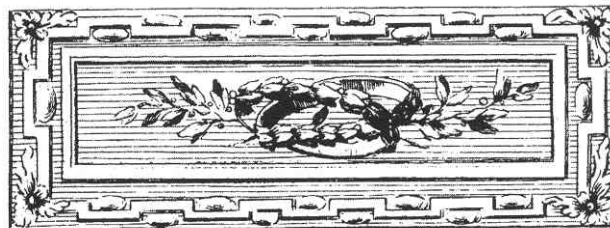
(6) Gustavo Bueno, *ibidem*, pág. 11.

«proletariado», por tratarse de unos parámetros tenidos hoy si no como ofensa, sí al menos como signos de una literal *degradación social*. Por lo demás, las condiciones de renta y calidad de vida de este segmento social impugnan cualquier intento de perpetuar esquematismos ideológicos, del tipo «rico /de derecha», «pobre /de izquierda», por la sencilla razón de que la evolución de los hechos modernos y contemporáneos ha introducido muchas variables novedosas, y a menudo no poco sorprendentes, con respecto a los binomios fijados por el pensamiento clásico, la costumbre y el tópico. Por esta razón, entre otras, los movimientos de la «izquierda política» en los últimos tiempos, resituados regularmente tras la II Guerra Mundial en la categoría de «socialdemocracia», se vieron en la necesidad de aceptar, a veces incluso de manera entusiástica, la «democracia burguesa» o «democracia liberal», la economía de mercado y el sistema parlamentario o representativo, antaño difamadas y hoy, recuperado el discurso insurreccional, parece que también.

¿Cuál es la paradoja hecha patente? Si bien los trabajadores, en su mayoría, han celebrado el *statu quo* y el modo de vida que ofrecen las sociedades modernas desarrolladas, producto del devenir de la historia, no pocos de sus «agentes sociales» y portavoces político-ideológicos, la nueva/vieja «vanguardia obrera y/o del proletariado» y algunos regentes en transición, exteriorizan una atrevida nostalgia —dudosamente sincera, por otra parte— por los viejos tiempos de la miseria y la depauperación social, una inconfesada incomodidad y malestar por el conquistado «Estado de bienestar», que se les antoja insuficiente, pero que revela bienestar al cabo, un desconsolado resentimiento moral al haberse desmontado la falacia malhechora de la Revolución, todo ello junto a la torva tentación a decantarse por una pendiente *políticamente* preservadora de lo arcaico y primario, de lo conservacionista, reacia a las reformas, y, en suma, *reaccionaria*:

Se comprende también así la paradoja que, a medida en que las circunstancias históricas o la *real politik* arroje a los militantes de partidos de izquierda a formas de vida muy próximas, y aun de mayor calidad de vida que las de tantos y tantos militantes de la derecha, es decir, a medida que se vacíen más y más de contenido las diferencias positivas o empíricas entre los militantes de izquierda y los de derecha, se aducirá con mayor énfasis la condición de su pertenencia a una izquierda unívoca, absoluta y casi meta-política (por no decir metafísica).⁷

Pero, ¿cuál es ese «tronco» común, esa raíz originaria hacia la que bizquea la «izquierda» actual, ese ser identitario, esa tabla de salvación a la que aspira aferrarse como un naufrago a la deriva tras el hundimiento? ¿A qué viene ese melancólico desamparo, ese orgullo herido por el principio de realidad, ese porte de rebelde sin causa de quien se ha hecho mayor a su pesar, ese trote de caballero andante



(7) Gustavo Bueno, *ibidem*, pág. 9.

ansioso de acometer al villano, o su fantasma, y retarlo a singular batalla? ¿De qué vive y bebe ese anhelo de «la izquierda» por restablecer la Justicia *malgré tout— et percat mundus* —, oblicua y sin derechuras, esa lucha final hacia la que se revuelve con la esperanza de no perder sus esencias, conservar su «personalidad» ideológica, al objeto superior de no ser confundida con la «derecha»? ¿De dónde proviene ese temor de la «izquierda» a ser identificada con el «Sistema», lo que supone conceder a la «derecha» la representatividad legítima y exclusiva del «Sistema», situándose, en consecuencia, en su límite, en la frontera, próxima a la marginalidad de los grupos «antisistema»?

3. La respuesta a estos interrogantes nos lanza tras la pista de un sujeto múltiple, de tres Bases distintas en un sólo Fundamento verdadero, a saber: un arcano, una condición y una conducta reactiva anidados en el corazón de «la izquierda». En primer lugar, el arcano, *sobrellevado*, remite a la fijación re-actualizada de un credo que certifica el fundamento del ser y el ser con un fundamento. Así hablaría el arcano: «ya que no sabemos adónde vamos, al menos inmortalícese de dónde venimos, para saber quiénes somos». Por ejemplo, la fidelidad de la lucha legendaria contra la Opresión, el Dominio y la Explotación —así dicho: en abstracto, en bruto—, sea real o ficticia.

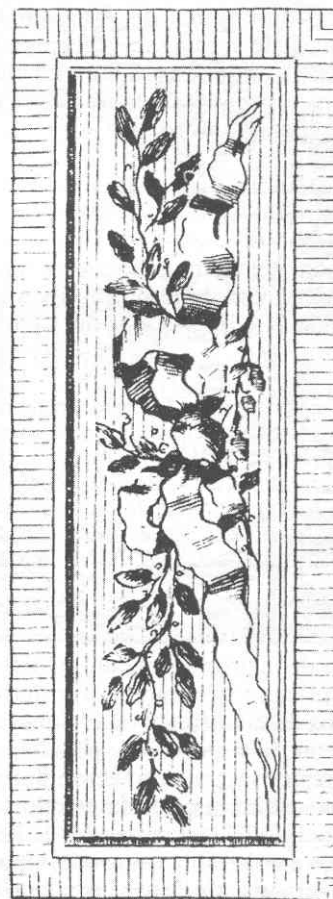
Pero esta orientación de principio de la izquierda se mantiene más bien en el terreno de la ideología general que inspira los programas, que en el terreno de los proyectos prácticos de la política efectiva.⁸

En segundo lugar, la condición, *revelada*, se descubre en la circunstancia misma de juzgarse como heredera de una lucha inmemorial como compensación de otra condición *sobrevenida*, cual es la de sentirse César (injustamente) destronado, casi desahuciado, tras el desplome del «socialismo real» y con el desvelamiento del ser totalitario-sublimado puesto al descubierto, todo lo cual lleva a la «izquierda» a enrocarse en un discurso más ideológico (esencialista e integrista) que propiamente político (práctico y pragmático).

En cualquier caso, la condición de «izquierda» corresponderá ahora a los herederos de las clases revolucionarias. La izquierda no se definirá en función del Trono y del Altar, sino en función de las clases explotadas y explotadoras, en función de los herederos, de los *sans culottes* y del nuevo proletariado industrial, es decir, en función de los «pobres del mundo». Este será el «nivel de la izquierda» establecido por la I Internacional, como concepto absoluto o unívoco; concepto que, más tarde, evolucionará en la II Internacional («la izquierda es la socialdemocracia»), o en la III Internacional («la izquierda es el partido comunista de la URSS y los partidos hermanos»)⁹.

En tercer lugar, la conducta reactiva, *contraída*, sin duda concatenada y en gran medida derivada de los dos apartados anteriores, se evidencia en la actitud testimonial de recusación, por parte de la «izquierda» en nuestros días, como vía de autodeterminación identitaria, de cualesquiera acción o propuesta proveniente de «la derecha», sea el agente recusante el que sea: blanco o negro, rojo o verde, *políticamente* «moderado» o «radical», o —lo que resulta más ilustrador— de una naturaleza e intencionalidad meramente técnicas, burocráticas o níveamente neutrales. No se nos puede ocultar que esta actitud comporta un com-

portamiento singular: *ideologizar* gratuitamente la acción política en su conjunto, así como *politizar* caprichosamente la esfera de acción no-política, todo ello con un correlato táctico temerario, como lo es la articulación de conexiones, alianzas y acuerdos con cualquier grupúsculo, asociación o asamblea, por más radical o marginal que sea, con tal de que comparta el mismo «enemigo», y, por tanto, la misma lucha final, aunque no pertenezcan a la misma familia política, o incluso se consideren tradicionalmente rivales.



Como procedimiento más expeditivo, la «izquierda» utilizaría muchas veces el procedimiento que podría describirse por la fórmula «primero disparar, y luego apuntar». Primero se definiría posicionalmente el proyecto de izquierda por su oposición a algún proyecto propuesto por el adversario de derecha (o de centro); a continuación se buscará una interpretación *ad hoc* tratando de derivar el «proyecto de oposición» de los principios, aunque esta derivación sea gratuita porque habrá de comenzar fingiendo que se conocen ya los efectos del «proyecto de la derecha». Por ejemplo, un gobierno de centro derecha propone una reforma de la política educativa cuyo núcleo sea la eliminación de la selectividad.¹⁰

La señalada supeditación de la política a la ideología que está protagonizando «la izquierda», lo mismo que su inclinación a amarrarse al formato doctrinal unívoco y «esencialista», en detrimento de otros más pragmáticos, desembocan en otras consecuencias que no podemos dejar pasar inadvertidas.

(8) *Ibidem*, pág. 22.

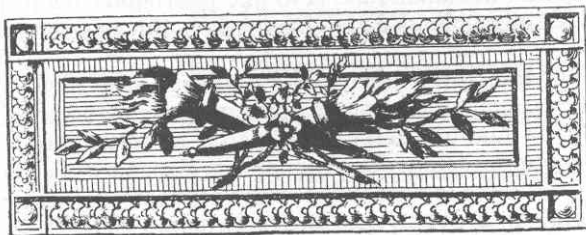
(9) *Ibidem*, pág. 9.

(10) *Ibidem*, pág. 11.

4. Por más que «la izquierda» haya acompañado su reedición, su ansiada resurrección, con el recubrimiento de un barniz específicamente *político* y, asimismo, de una explícita reivindicación de la arena política como escenario principal de las confrontaciones sociales (reparada «lucha de clases»), su discurso concluye en algo distinto de lo que preconiza, o sea, en mera retórica moralista e ideologizante. Prueba palmaria de lo que decimos es el atropellado y ruidoso rescate que ha hecho del concepto «republicanismo» de los archivos y bibliotecas de la teoría política (elefante en la cacharrería) con su correspondiente reinterpretación y puesta de largo en los salones, palacios y congresos donde se congrega la intelectualidad «progresista y comprometida», o la simple proclamación de hallazgos inanes, como el de la «tercera vía» (que, después de todo, parece desembocar en una nueva «lectura», más *moderna*, del liberalismo: lo desecharán, pues, pronto). O, asimismo, los chuscos intentos de descubrir el Báltico en el Mediterráneo, como ocurre con el celebrado redescubrimiento del «patriotismo constitucional» por parte de neokantianos reconstituidos. Por más que «la izquierda», en fin, se empeñe en sostener lo contrario —la «reinención» o «*re-comprensión* de la política¹¹— sus palabras y sus hechos se alejan incuestionablemente de la esfera de acción de la política:

las diferentes posiciones de la derecha tradicional y de la izquierda se diluyen, sobre todo por la orientación de la izquierda hacia valores que tienen más que ver con la ética de los Derechos Humanos (con la autodeterminación de los pueblos, con la defensa de los emigrantes, &c.) que con criterios realmente políticos.¹²

Por todo ello, «la posicionalidad del partido político de izquierda resulta ser puramente verbal»¹³, y, a menudo, vociferante, exaltada y muy agresiva en las formas —en ocasiones, también en los hechos y sus efectos—. Después de todo, persigue más que nada un mensaje de consolación, autocomplaciente y testimonial; más revelador e indicativo (o reivindicativo), en suma, de un ser esencial que de una estricta acción política democrática, ajustada a las reglas de juego, a las perspectivas de la alternancia y el debate de ideas.



(11) Véanse los textos del, tan hábil comunicador como inconsistente teórico, sociólogo alemán Ulrich Beck, en particular: *The Reinvention of Politics*, Polity Press, Cambridge, 1997, así como la interpretación y adaptación que hace de ellos el «intelectual orgánico» del socialismo español, y hoy pertinentemente *institucionalizado* como presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Fernando Vallespín en *El futuro de la política*, Taurus, Madrid, 2000, donde escribe lo siguiente: «Pero, como observa Ulrich Beck, el fin de la Guerra Fría, lejos de significar —como opinaba Fukuyama— el “triumfo” de uno de los dos modelos políticos en conflicto, lo que hace en realidad es “resucitar” el problema del modelo. [...] Mi propia posición es que no hay ninguna necesidad de reinventar nada, pero sí de *re-comprender* todo» (pág. 13).

(12) Gustavo Bueno, *ibidem*, pág. 22.

(13) *Ibidem*, pág. 11.

Lo más portentoso del caso acontece, sin embargo, cuando nos percatamos de la circunstancia fenomenal de que estos modos de actuación y estas tácticas desplegadas en realidad provienen de unos partidos que forman parte del entramado de organismos oficiales y del «Sistema», están presentes en el Parlamento y mantenidos por los Presupuestos Generales del Estado, dicen ser llamados a gobernar las instituciones, y de hecho rigen consistorios, diputaciones, gobiernos autonómicos y aun el Gobierno de la Nación. Se mantienen así, con desparpajo, formas y lenguajes institucionales, de pertenencia y permanencia en el *establishment*, al mismo tiempo que se exhibe una arenga belicosa, se justifican actitudes insurreccionales, insurgentes e incluso terroristas, dentro y fuera del país, se ensalza la práctica de la insurrección callejera. No extraña, pues, que estas actitudes, después de todo, «sean alternativas más propias de una ONG que de un partido político.»¹⁴

He aquí la plasmación de un doble lenguaje y un doble juego: participación en las instituciones democráticas y simultánea invocación a la desobediencia civil y a la rebelión social; concurrencia simultánea de pública vocación reformista y carne de insurrección; comunión de forma gubernamental y materia no-gubernamental; compatibilidad ubicua de poltrona y primera línea en la barricada; estar por la mañana tras la mesa ministerial y por la tarde tras la pancarta; aceptación fáctica de la economía de mercado y proclamación al tiempo de una «práctica teórica» anticapitalista; articulación de proclamas y gestos por parte de representantes oficiales (v. gr., en los ámbitos de Exteriores, Educación y Cultura) que llegan a confundirse, a la postre, con las soflamas de los portavoces de los sindicatos de estudiantes y las asociaciones juveniles; desarrollo *positivo* de políticas liberales junto a una prédica casi obsesiva y netamente *negativa* del liberalismo y del «neo-liberalismo»; *et alii*. He aquí esbozado, en consecuencia, un escenario de gran ambigüedad y desconcierto, alterado, «revolucionado», por la radicalización de las posiciones, poco aconsejable y conveniente para la seguridad y la estabilidad democrática de las sociedades modernas, y nada ejemplarizante para los propios representados por la actuación de «la izquierda», por sus simpatizantes.

IV. Sin novedad en el frente, pero, ¿dónde está el frente?

1. Nos hallamos ante la estricta materialización de lo que suele conocerse como «equidistancia» —ejercicio de paralelas, jugar a dos barajas, practicar una doble moral, &c.— cuando no ante la turbia manifestación desnaturalizada de un estar *más allá del bien y del mal*, que como sabemos desde Nietzsche es cosa bien distinta que estar *más allá de lo bueno y de lo malo*; ante la celebración de comportamientos impolíticos o anti-políticos *de facto*, revestidos de estudiada simetría esteticista, de simple retórica, pero siempre en nombre de la Ética. Veamos algunos ejemplos de este equilibrio verbal, contaminados de impudor y cinismo: el terrorismo islamista y el nacionalista no son lo mismo, aunque se igualan al «terrorismo de Estado»; Bin Laden y Bush son personajes equiparables, la *shoá* y la acción gubernamental de Sharon

(14) *Idem*.



en Israel, situaciones paralelas; el *pacifismo* legitima explícitamente la «causa palestina», las *intifadas*, los atentados suicidas contra la población civil, la guerrilla *zapatista* que masacra campesinos, los *escudos humanos*, el acto de disfrazarse y de emular a los *kamikazes*, y el *feminismo* aboga porque sus militantes vistan el *chador* en manifestaciones públicas para solidarizarse así y *ponerse en el lugar* de las mujeres árabes; el ideal de la escuela pública y laica postula la enseñanza del islamismo en las clases laicas a cargo del Estado laico...

Una de las últimas y más notables aportaciones de este pensamiento débil y unificado de la «izquierda política» es el patrocinio de ese ejercicio estéril pero «resultón» que podríamos denominar *complejivismo*, o cómo despachar y apaciguar asuntos principales bajo la etiqueta de que son cuestiones «muy complejas». *Complejivismo*: expediente simplista y regalón del arte retórico de la argumentación que se erige en asilo para mentes perezosas, pedantes y jubiladas, o sea, para intelectuales *tout court*, y que establece una suntuosa, acomodada y amanerada manera de dejar las cosas como están, dándose, sin embargo, mucha importancia en la faena. Me atrevería a decir que la exaltación de la complejidad —de lo complejo: del latín *complexus*— no es, por lo general, más que una manera tosca de *complicar* innecesariamente la estricta explicación, la cual debe aspirar, siempre que sea posible, a lo preciso, lo claro y lo escueto, y no a buscar *cómplices* con los que la celebración de una silvestre ceremonia de la confusión.

2. ¿Qué queda de la izquierda? ¿Qué queda a la izquierda? No sabría dar una respuesta cerrada y completa a estos interrogantes, pero en verdad que la situación de «la izquierda» es tan agonal como agónica. Y en su esfuerzo por emerger triunfante de las cenizas, o duda en incendiar el entorno. Atendamos nuevamente, y para ir concluyendo, a las palabras de Bueno, de las que nos hemos servido en este ensayo para puntear y puntualizar nuestro discurso:

En cualquier caso, parece que la izquierda en este milenio ya no tiene posibilidad de reivindicar la validez de los valores originarios (de primera generación) propios de la izquierda política primitiva, de la izquierda nacional. El incremento demográfico, el desarrollo de las nuevas tecnologías y medios de transporte, la creación de un mercado internacional y de una producción y distribución disociadas, en gran medida, de los Estados nacionales —es decir, todos los procesos que cubrimos hoy con el término «globalización»— desbordan ampliamente el marco de la Nación canónica, como plataforma de una acción política racional, tanto si es de derechas, como si es, sobre todo, de izquierdas. Mucho más quedarán desbordados los marcos de las Naciones fraccionarias reivindicadas por algunos sectores de la izquierda (bajo el ideal de la autodeterminación, vinculada a su vez a la «libertad») o de la derecha.¹⁵

Desde la perspectiva de la «izquierda política española», ya no se trata tanto de elegir entre una plataforma nacional o continental de optar entre una plataforma continental u otra (Unión Europea/Comunidad Hispánica). Esto es cierto. Mas para ello, y previamente a cualquier otra consideración, la izquierda en España necesita definir posturas con respecto a la misma realidad nacional, asunto éste que en las presentes circunstancias españolas se percata asunto determinante, en verdad dramático, debido sobre todo a la presión insoportable que ejerce el terrorismo secesionista vasco sobre la población vasca, y la española en su conjunto, en el empuje más amplio de los nacionalismos que ansían la desvertebración de la Nación. Tiene razón Bueno al afirmar que, por encima de otras consideraciones —libertades, democracia, constitución—, es el posicionamiento sobre la realidad de España lo que está en el núcleo del denominado «problema nacionalista». A lo que podríamos añadir que también el problema de la «izquierda política española».

No desarrollaré este asunto ahora. Sólo diré, para finalizar, que, precisamente por tratarse de algo que «desborda» la dualidad derecha/izquierda, es muy imprudente que la izquierda abandone la idea de España y la ceda en exclusividad a la derecha. Y muy insensato que caiga en la tentación de seguir descalificando como «nacionalismo español» el menor esfuerzo por contener el movimiento centrífugo de los nacionalismos periféricos y por sostener España como «plataforma de acción política» desde la que plantearse la apertura a plataformas continentales y a la mundialización.

Reina la paradoja y la desorientación en la «izquierda política» Pero, entiéndase que en esa deriva radicalizada por sobrevivir y sostenerse a toda costa, acogiéndose a cualquier «causa» que busque legitimarla, cada día más, la autocomplacencia se torna peligrosamente en complicidad facinerosa.

(15) Gustavo Bueno, *ibidem*, págs. 22 y 23.